

Extremismos paralelos

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

El pasado mes de abril, las dos formaciones políticas palestinas más importantes, Fatah y Hamás, llegaron a un acuerdo para conformar un gobierno de unidad y establecer un calendario de elecciones tanto parlamentarias como presidenciales. Semejante entente fue objeto de las críticas más agrias por parte del primer ministro israelí Benjamin Netanyahu, quien llegó a acusar al presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Mahmud Abás, de coaligarse con una banda terrorista, lo cual iba en contra del proceso de paz. Un proceso de paz, por cierto, ya prácticamente sentenciado por el mismo Netanyahu, echando por tierra los esfuerzos llevados a cabo por el secretario de Estado norteamericano John Kerry, puesto en la picota asimismo por las autoridades israelíes. Desde ese momento, y con las negociaciones fracasadas, la tensión en la región no ha hecho sino crecer, habiendo llegado a su cénit durante la guerra de Gaza del verano. Sin embargo, lo cierto es que ese gobierno entre Fatah y Hamás apenas ha tenido efectos prácticos y ambas formaciones han seguido manteniendo sus respectivos feudos, Cisjordania y Gaza, sin que apenas se hayan cumplido las expectativas con las que se gestó. Más bien, todo lo contrario, pues recientemente se nos ha dicho que posiblemente no podrán celebrarse los comicios anunciados en las fechas previstas. Esto supone condenar a la población palestina a las mismas condiciones en las que se encuentra en estos momentos, sumida en un auténtico atolladero político y económico, en especial los habitantes de la Franja, que afrontan el duro invierno sin apenas electricidad, agua corriente y la mayoría de los edificios destruidos. Por no hablar de una de las tasas de paro más altas del planeta.

Pero la situación del lado israelí tampoco es mucho mejor. Me centraré sólo en la política. La cada vez mayor dependencia de Netanyahu de partidos de derecha más extremistas aún que el suyo ha vuelto a complicar de nuevo el de por sí endeble panorama político local. Siguiendo la tradición, su gobierno tampoco logrará acabar su mandato, algo que se lleva dando en Israel desde su creación como estado en 1948. Con un Parlamento sumamente fragmentado y con un elevado número de formaciones políticas de todo tipo, en Israel nunca ha resultado fácil formar coaliciones de gobierno. Esta vez la causa viene dada por la polémica norma que quiere definir a Israel como el Estado-nación judío. Aprobada el pasado 23 de noviembre con 14 votos a favor y 6 en contra en el seno del gobierno, esta norma ha terminado por romper finalmente la coalición. Dos de los ministros que votaron en contra, la de Justicia, Tzipi Livni, y el de Finanzas, Yair Lapid, ambos pertenecientes a partidos de centro, han sido finalmente expulsados del gabinete, precipitando la convocatoria de nuevas elecciones, programadas para el 17 de marzo. Careciendo de una Constitución a la manera de las democracias convencionales, el Estado de Israel se ha ido dotando de sucesivas leyes básicas que no gozan del mismo estatus jurídico que un texto constitucional. Así, la nueva norma que ahora se promueve hace más hincapié en la condición nacional (de carácter judío) del Estado que en el carácter democrático del mismo. En efecto, esta última acepción desapece para proclamarse en términos de Estado-nación sólo para el pueblo judío. Con una definición de esta naturaleza, amparada ahora en una norma con implicaciones legales, se calcula que aproximadamente el 25% de su población podría quedar claramente marginada. Estamos hablando de árabes en su mayoría, es decir, palestinos. De ahí que los partidos de centro y de izquierda y los sectores más progresistas de la sociedad israelí hayan alzado su voz en contra de una propuesta que elimina el término “democrático” en su redacción, lo cual ha encendido todas las alarmas. Aunque tampoco nos llevemos a engaño, pues en el Israel actual los judíos son los ciudadanos de primera y los árabes los de segunda. Basta darse una vuelta por cualquier localidad del norte para comprobarlo fácilmente. Es más, la población palestina en general está exenta de hacer el servicio militar, en un país donde esta prestación personal al Estado es de obligado cumplimiento para todos sus ciudadanos, salvo para los ultraortodoxos, por ejemplo.

Viendo la situación en la que se hallan Palestina e Israel es fácil establecer un paralelismo

evidente: ambos países están cada vez más sumidos en la órbita del radicalismo y así es difícil el entendimiento entre ambas partes. En Palestina es posible que las elecciones no se celebren en tiempo, pero, caso de llevarse a cabo, no sería extraño que Hamás terminase ganándolas, dado que muchos jóvenes palestinos ven en este partido la única alternativa posible al poderío de Israel. Aquí los primeros sondeos vuelven a dar como ganador al Likud encabezado por Netanyahu, lo cual supondría una nueva coalición de gobierno con las formaciones más extremistas del arco parlamentario. Lo que significa nuevos asentamientos, más discriminación de la población árabe, fracaso total de las negociaciones de paz y muy posiblemente la aprobación en el Parlamento de la norma mencionada. El propio periódico *Haaretz* advertía hace unos días a los electores de una opción como ésta. Apostar en estos momentos por el premier israelí es perpetuar el conflicto y cerrar las puertas a la negociación, justo cuando ésta resulta más necesaria. Y es que si se quieren cambiar algo las cosas en Próximo Oriente es necesario empezar por la base. Los años que Netanyahu lleva en el poder han supuesto un claro retroceso para la paz. Pero, evidentemente, algo tendrá que cambiar también en la otra parte, la palestina. La incapacidad de Hamás para llegar a acuerdos está más que demostrada, de forma que sólo políticos moderados como Mahmud Abás están en estos momentos en condiciones de poder aportar soluciones viables para la región. Otro tanto habría que decir de Livni o Lapid desde el lado israelí, o del “desaparecido” Partido Laborista, que tanto hizo en su día por alcanzar la paz. Ésta sólo será posible desde el impulso dado por los ámbitos más moderados de ambas sociedades. Y en este proceso los países europeos tienen, sin duda, mucho que decir, no sólo en su tarea de acompañamiento, sino, sobre todo, en su labor de presión hacia Israel para que definitivamente termine por apostar por dos estados conviviendo pacíficamente y mutuamente reconocidos. Y, en este sentido, la posible coalición anti-Netanyahu podría facilitar más las cosas que un nuevo gobierno encabezado por el Likud.

7 de diciembre de 2014

Publicado *El Diario Vasco*, 18 de enero 2015, p. 29